

ciones difíciles como *la crítica al régimen ante el Consejo de Europa*. La reconstrucción de las grandes corrientes políticas históricas es ya un hecho y, paralelamente, resurgen la reivindicaciones de los nacionalismos democráticos y progresivos que se suman a la aparición de nuevas corrientes de izquierda.

El estudio que reseñamos prosigue con un análisis del período *de la reunión de Munich al verano de 1974*, en el que se describe la evolución de las distintas actividades de los partidos democráticos

en el marco de una España en transformación política; de hecho, todo ello culminará con la muerte natural de Franco. La autora termina el libro con un breve epílogo que nos recuerda que desde 1939 a 1975 el poder estuvo en manos de grupos de interés que mediante el dominio fascista de Franco perseguían objetivos económicos en función del determinado modelo de desarrollo capitalista que era funcional a sus aspiraciones.

FRANCESC MERCADÉ

VARIOS AUTORES

Terrorismo y sociedad democrática

(Madrid: Akal, 1982)

¿Terrorismo? No, gracias. Esta parece ser la respuesta del conjunto de los autores (con alguna notable excepción) que se afanan en replicar la ya tópica acusación de inhibición propia del intelectual ante ciertas «cuestiones urgentes». Y en verdad que esta compilación de artículos sobre terrorismo y democracia ofrece una variada gama de opiniones de la flor y nata de la *intelligentsia* del país: periodistas, sociólogos, escritores, algún político especialmente comprometido con el tema y otros prestigiosos pensadores ponen su grano de arena para arrojar luz sobre tan complejo fenómeno. No se piense, sin embargo, que uno va a encontrar de todo en este libro. En primer lugar, porque la procedencia profesional de los autores es bastante homogénea: su condición de intelectuales les dicta una perspectiva sobre todo teórica; en segundo lugar, porque todos ellos, con todos los sutiles matices que un lector avezado quiera discernir, están por la condena del terrorismo y la defensa del modelo pluralista de sociedad. En realidad, sólo dos de ellos adoptan lí-

neas que se alejan del discurso general de este libro, sea por su implicación pública en la cuestión (caso de Brandés, doblemente comprometido por su condición de vasco y de político), sea por su actitud ante el hecho social del terrorismo (caso de Sastre). Condiciones obvias impiden un auténtico diálogo entre defensores y críticos de tan espinoso tema, pero no deja de echarse de menos un debate más encontrado. Al final, el lector seguramente destacará el peso intelectual de alguno de los participantes (en mi opinión merece especial atención lo escrito, desde perspectivas y estilos muy lejanos, por Giner y Sánchez Ferlosio), pero quizá carezca de elementos para juzgar el tema desde posturas diversas. Así, *Terrorismo y sociedad democrática* consigue más la reflexión que la definición ideológica acerca de un problema que, desgraciadamente, nos pilla demasiado cerca.

Con todo, podríamos establecer, por decirlo así, dos «bandos» desiguales tanto en número como en argumentos y en profundidad teórica; y es precisamente

esa desigualdad numérica la que provoca que el único artículo a favor del terrorismo tenga ciertos tintes de exacerbación y exasperación, conceptos superlativos que impiden que la defensa de la cuestión tenga una suficiente solidez y seguridad para hacer creíbles este tipo de posturas.

Pero entremos de una vez en materia. La violencia es una tendencia connatural al hombre; en realidad, es la forma social de la agresividad animal. De naturaleza ambivalente, es simultáneamente fundamento y germen de destrucción de toda comunidad humana; es, pues, un hecho social o, como alguno de los autores dice, un dato político a tener en cuenta. El problema comienza cuando de la violencia se hace Razón y se afirma que «lo que se llama terrorismo en nuestros días no es ni más ni menos que una forma particular de la guerra» (página 99). El terrorismo, pues, tiene una lógica militar: su fin es matar al enemigo, lo que implica, como es lógico, «una cierta suspensión teleológica de la moral» (pág. 101) (las dos frases son de Sastre); o también se afirma que el terrorismo sigue la lógica del tiranicidio: contra el tirano, la rebelión (Giner). La cuestión es determinar quién o qué es el tirano. La justificación principal de esta violencia que nos ocupa (el terrorismo de las sociedades democráticas occidentales) es que se constituye como consecuencia y contestación a la violencia institucional. A través de una moderna perversión del pensamiento ácrata, el terrorismo identifica Estado y violencia; así, todas las situaciones políticas son abusivas. Ello no sólo muestra, como muy bien apunta Elías Díaz, una teoría acrítrica del Estado y una falta de visión de los cambios que se han producido a lo largo de la historia, sino que entraña un dogmatismo que contrapone violencia insurreccional a violencia institucional.

Pero esto no es más que una visión esquemática de las raíces del terrorismo,

que esconde elementos de indudable sujeción teórica. En su hipótesis del «debilitamiento comunitario no compensado» (pág. 22), Giner resume una idea que encontraremos más de una vez aquí y allá: el terrorismo es la respuesta a la amenaza de disolución de la comunidad sagrada. Expresión secularizada de la violencia religiosa, el terrorismo representa la reacción a la violación de esta comunidad; antes los hombres mataban por Dios, ahora la nación se ha convertido en el nuevo numen al que hay que rendir sacrificio para probar su existencia. Es, por decirlo así, una conducta más expresiva y simbólica que instrumental y pragmática. Todo esto parece adaptarse perfectamente a Euskadi, sociedad que ha desplazado su sentir tradicional desde una antigua religiosidad a un nacionalismo populista que preconiza la «pertenencia» como lazo de identidad primordial.

Arraigado en lo más primitivo del ser humano, la idea de lo sagrado, el terrorismo se imbuje de una mística nada nueva; sin ir más lejos, aunque también podríamos encontrar resonancias en épocas históricas más recientes, tenemos elementos parecidos en el anarquismo. Si algo se desprende de la lectura de estos artículos es que el terrorismo carece de teoría, quizá por eso ha de sustituir una ética que no va más allá de la redención de los oprimidos de un sistema indeterminado en su definición por una estética no demasiado original. Y es en el análisis de algunos de los elementos de esta estética donde *Terrorismo y sociedad democrática* ofrece su mayor interés. Es Sánchez Ferlosio quien mejor se acerca a estos temas; así, dice, la lógica terrorista se mueve dentro de una ambigüedad irreductible. De un lado, la muerte, cuando se produce, es considerada como un hecho objetivo, exacto acontecimiento en el que no cabe el sentimiento, el odio o el amor; la muerte se concibe como un acto racional y, por tanto, necesario dentro de una lógica

lineal de medios y fines. De otro lado, cada muerte es consagrada a una Causa abstracta e indeterminada que nunca se alcanza al cumplirse en cada acto; así, el fin supremo, la razón última es una referencia virtual permanente que nunca toma cuerpo y que se mantiene en su irrealidad, encubriendo una acción ciega motivada subjetivamente y recogida por una lógica circular en la que el fin se desdibuja en medios que se cumplen sólo en cada lance; «así, los sedicentes fines del terrorista o del irredentista en general podrían a menudo ser reconocidos como objetos ideológicos destinados a racionalizar relaciones subjetivas (...); la lucha misma como confrontación, el puro autoafirmarse en cada lance, el puro prevalecer sobre el antagonista, es lo que la pretendida querrela sobre cosas servirá de ocasión de encubrimiento» (pág. 86).

A esta estética irredentista, los autores del libro que comentamos oponen una ética basada en la inequívoca reivindicación del modelo de sociedad democrática. Anticipar y resolver los problemas sociales, reconocer las diferencias internas en cada Estado (así como considerar la opción independentista no violenta del País Vasco, la revisión del Estatuto de Guernica y la negociación con las fuerzas terroristas) son soluciones propuestas por estos intelectuales que abogan por una democracia perfecta. Esta se plantea como una comunidad de comunicación abierta y transparente en la cual la participación se amplía a todas las esferas de la sociedad civil, compromiso éste que excluye peligrosos maximalismos: es el «reformismo radical» o el «radicalismo democrático» al que se refiere Rodríguez-Ibáñez (y que Sastre caricaturiza como «humanismo navideño») que se aparta de «sanguini-

narios mitos, tales como la preponderancia y la identidad» (pág. 87). Todo ello no supone una aceptación acrítica de la sociedad pluralista, sino una actitud esperanzada y, sin embargo, humilde: «Es cierto que los mecanismos de dominio y control se van haciendo más sofisticados. Pero ante eso, busquemos medios más imaginativos y sutiles de luchar contra ellos, en vez de suspirar por la dichosa nitidez traumática de la Edad de Piedra» (pág. 34).

Terrorismo y sociedad democrática no es un estudio sobre la violencia moderna, es una recopilación de opiniones sobre un tema que invade nuestra modernidad; sin embargo, es precisamente el interés que suscita lo que puede llevar al lector a mayores exigencias. Una de ellas sería el insuficiente desarrollo de algunos temas apuntados; así ocurre con la relación entre terrorismo y propaganda. Si bien algún autor trata el tema (A. de Miguel entre otros), uno se queda con ganas de una mayor profundización en lo que se refiere al terrorismo como medio de exhibición de la fuerza del poder, o como vehículo indirecto de un Estado que basa su legitimidad en la seguridad del ciudadano. Así cabe preguntarse si el terrorismo es funcional para una sociedad que ejerce el control a través de la amenaza de una violencia suspendida; el exhibicionismo narcisista del terrorista y la ostentación continua de los aparatos represivos del Estado entrarían en la misma lógica de una violencia trivializada que a todos impregna.

En cualquier caso, como ejercicio de reflexión o como ventana abierta a un espectáculo que cada día nos acompaña en nuestra indiferente privacidad, *Terrorismo y sociedad democrática* es un libro recomendable para todo sufrido ciudadano de esta nuestra violenta modernidad.

HELENA BÉJAR